

Paul Morand pasa por México

FABIENNE BRADU

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

RESUMEN: En la nómina de los viajeros que han pasado por México y han escrito sobre la tierra, el hombre y la cultura del país, un sitio polémico lo ocupa Paul Morand. La rapidez es la característica primordial de su perspectiva sobre México; en un viaje relámpago desde Veracruz a Ciudad Juárez, Morand recoge una serie de impresiones que plasma posteriormente en el libro *Viajes a México*, que fue recibido de manera poco entusiasta por la crítica. Entre los juicios vertidos sobre este libro destacan los de Xavier Villaurrutia, Alfonso Reyes y Jaime Torres Bodet. Finalmente, una visión más imparcial del paso de Morand por México demuestra que su visión del país contiene juicios ciertos que perviven más allá de la polémica.

*ABSTRACT: In the roll of travelers who have journeyed through Mexico and have written about the land, the people and the culture of this country, a controversial site is occupied by Paul Morand. Rapidity is the primordial trait in his perspective of Mexico; in a lightning journey from Veracruz to Ciudad Juárez, Morand gathers a series of impressions that he will later shape into his book *Viajes a Mexico*, which was received with little enthusiasm by the critics. Among the judgements poured onto this book, stand out the ones by Xavier Villaurrutia, Alfonso Reyes and Jaime Torres Bodet. In the end, an unbiased view of Morand's passing through Mexico demonstrates that his vision of this country includes accurate judgements that persist beyond the critical dispute.*

Literatura Mexicana

XII.2 (2001.2), pp. 97-115

Paul Morand pasa por México

A LA EDAD de diez años, afligido de no encontrar ninguna línea de la suerte en la palma de su mano, Paul Morand tomó un cuchillo y trazó en su carne una latitud a la altura del destino que soñaba. “¿Tuve razón? —se pregunta años después—. La cicatriz sigue sorprendiendo a las quirománticas... pero dudo que los dioses se hayan dejado engañar” (Morand 2000 10). Sin embargo, si se ha de creerle, no ambicionaba nada salvo una carrera que pudiera apartarle del aburrimiento de las cenas familiares de los domingos. La diplomacia le ofreció la oportunidad de saciar sus ansias de movimiento y cultivar el arte de eclipsarse cuando el tedio comienza a entibiar el café de las sobremesas. Gracias a la protección de Philippe Berthelot, pronto ingresó al círculo mágico del Quai d’Orsay, que aseguraba a escritores como Paul Claudel, Saint-John Perse o Jean Giraudoux un mecenazgo cómodamente disfrazado de puestos diplomáticos. Pero, a diferencia de sus colegas, Paul Morand abusó de la benevolencia de Berthelot para convertir su nombramiento de *attaché d’ambassade* en un casi permanente *détaché*. “Disponibilidad” es el término administrativo para designar la maravillosa laxitud diplomática y, sin duda, la mejor manera de resumir la carrera de Paul Morand en el servicio exterior. En ocho años, ocho meses y dieciséis días de funciones oficiales, Paul Morand trabajó, efectivamente, cuatro meses y seis días. Desde su primera asignación en Londres, había recibido de su superior jerárquico esta advertencia que suena a bendición: “Amigo, venga a la oficina a la hora que

quiera, pero no más tarde”¹. Paul Morand continuó una tradición inaugurada por Chateaubriand, Lamartine y Stendhal, pero superó a todos sus antecesores y contemporáneos en el arte de viajar a expensas del presupuesto nacional. Sin embargo, su ideal no se cifraba en la legión de escritores que redoraron la imagen de los mercenarios de la diplomacia francesa, sino en un personaje de ficción creado por el más inmóvil rentista del siglo: el Barnabooth de Valery Larbaud.

Creíamos en Barnabooth como en un ideal, vivíamos fascinados por este modelo hasta la guerra del 14 cuando, de pronto, nos vimos enfrentados con otra Europa, presa de las pasiones matrices, desgarrada por la sangre, las mentiras y este cólera moral que es el nacionalismo (Fogel 117).

Así, con la guerra del 14, desapareció la Europa de Barnabooth y del Orient-Express; se borraron las antiguas fronteras y el mundo quedó por descubrir o reinventar. Pero, de la “República de Valery Larbaud” quedaba una frontera más indeleble que el desmembramiento de los Balcanes: la que separa el exotismo del cosmopolitismo y constituye el eje del arte de viajar y de escribir según Paul Morand.

No pretendíamos haber descubierto el viaje [recapitula Paul Morand]. Simplemente quisimos reaccionar contra los viajes de nuestros antecesores que habían magnificado la inmensidad del universo, su propia soledad, los peligros imaginarios que se corrían en remotas regiones, y habían atascado los escenarios extranjeros con sus amores o su tristeza. Nos pusimos a devorar la tierra, impacientados por la lentitud de los paquebotes, excitados por nuestra repentina libertad. Procuramos vivir lo más ve-

¹ Citado por Jean-François Fogel, en *Morand-Express*.

lozmente que se podía e inmovilizarnos lo menos posible, fundirnos con lo que nos pareció la esencia misma de la vida: el movimiento. Así, deliberadamente, invertimos el polo dramático del viaje y, al tópico del heroísmo del *globe-trotter* romántico, intentamos oponer el tema de la estrechez de la tierra (Morand 2000 49-50).

Rien que la terre, nada más la tierra, es la fórmula que sintetiza el intento. El viaje, según Paul Morand, es tanto un evangelio personal, producto de un temple nervioso, eléctrico y levemente neurótico, como el testimonio del génesis de un nuevo planeta, emergido del diluvio de la Primera Guerra Mundial. Sólo esa época “colorida, violenta y efímera” que fueron los años veinte, podía propiciar la locura de la velocidad y la urgencia de registrar en la prosa los relámpagos del gran espectáculo.

En francés, la voz *vitesse* (velocidad) tiene la ventaja de sonar como una flecha que ya ha pasado cuando se termina de pronunciar la palabra. En el aire sólo queda el silbido de las *eses* finales, una estela sonora que contendría la esencia del movimiento al tiempo que la confesión de su incapacidad para apresararlo. *Vitesse* es seguramente el sustantivo más asociado con el estilo de Paul Morand, el sésamo para abrir sus libros y constatar la perpetua ausencia del autor. “Lo que le pido a la velocidad —solía decir Paul Morand— es que me proyecte más allá de mí mismo” (1964 89). Pero una imagen nacida de su pasión por los coches deportivos: “Van tan rápido que, bajo sus llantas, el futuro se vuelve presente” (*Idem*), insinúa que la velocidad no es sino otra forma de la obsesión por el Tiempo. En este punto, Paul Morand se adelantó a las intuiciones nacies de los físicos cuánticos: tiempo y espacio se trenzan en una relación que modifica todas las coordenadas conocidas, incluyendo las más corpóreas. Aunque situados en las antípodas del mapamundi estilístico, Morand y Proust se reencuentran en la gran

carrera contra el Tiempo: el primero la jugó con incesantes vueltas alrededor del mundo y el otro, mediante las circonvoluciones de unas frases que parecen calcar las volutas del eucalipto en el aire enrarecido de un cuarto amortiguado por el corcho. Sus lugares de coincidencia eran las noches, el Ritz y el restaurante Larue, y una princesa rumana que Proust tuvo el capricho de cortejar antes de que la desposara su amigo Morand. El viaje a México fue precisamente la luna de miel del matrimonio de Paul Morand con la princesa Hélène de Soutzo.

México se antojaba más interesado que la pareja en convertir el viaje en una verdadera luna de miel entre el escritor y el país. En una entrada de su “Diario”, fechada el 12 de diciembre de 1926, apunta Alfonso Reyes:

Ha venido a verme Paul Morand por la mañana. Irá a México en unos días. Va a los Estados Unidos a escribir una novela de un negro africano y un negro americano. Le he dicho que, puesto que va a América por la vía Veracruz, haga una escala en Cuba para conocer al negro cubano, tan distinto del yanqui. Le doy orientaciones para Cuba y México. Volverá a verme en enero, antes de su viaje².

Alfonso Reyes sabe perfectamente cuál sería el impacto de unas páginas, quizá un libro, de Morand sobre México y, para afianzar la oportunidad, a principios de 1927, organiza una especie de seminario sobre México en casa de Paul Morand, con alumnos de primer orden: Edmond Jaloux, Paul Valéry, Jacques de Lacretelle. Morand no es un neófito en arte precolombino que, desde años atrás, ha frecuentado en los museos de Londres, Madrid y París, así como en las colecciones particulares del duque de Contat, de

² Alfonso Reyes, “Diario”, inédito.

Loullard, de Charny o de Auguste Genin. Pero Reyes se desvive en multiplicar los preparativos: escribe a su amigo Larbaud, mentor de Morand, para que éste le enseñe algunas artesanías mexicanas; también le pone unas líneas a Genaro Estrada para que atienda con esmero al afamado escritor. Días después del “seminario sobre México”, Alfonso Reyes toma el té con Jean Prévost y Marcelle Auclair, a quienes describe el “Morand Palace”, la residencia de la princesa de Soutzo frente a la plaza del Trocadero. No sin malicia, Reyes pone en boca de Prévost la siguiente mofa: “Apuesto que Morand parece su propio sirviente”³. Hasta se antojaría que Reyes cumple su papel de hada madrina a regañadientes, con un dejo de resentimiento ante el exceso de suerte, de facilidad, de brillo y de fama que rodea al personaje Morand. Reyes ha sufrido en carne propia males totalmente desconocidos para Morand, como ganarse a pulso, a fuerza de disciplina y desvelos, de vencer estrecheces y el origen mexicano, una silla en el banquete de las letras. En cambio, desde *Tendres Stocks* (1921), Morand tiene su silla reservada por Proust en la mesa de la inmortalidad literaria. En pocas palabras, las ambiguas expectativas que alimenta Reyes en víspera del viaje de Morand, se confirmarían años después en el comentario suscitado por el exiguo *Viaje a México*:

He dicho en otra parte que prefiero que los europeos traten a América de igual a igual, como tratan a la misma Europa. Pero me explico que nuestra América se muestre todavía desasosegada ante los epigramas y las censuras, como quien apenas está estrenando la toga viril (Reyes “Viajes morrocotudos”).

Por supuesto, en lugar de “América”, léase “México”.

Vulnerado por una ancestral orfandad casi ontológica, México tiene dos flancos débiles, dos heridas que siguen supurando con el

³ Alfonso Reyes, *idem*.

vinagre del denuesto y de la indiferencia. Pero antes que el denuesto, síntoma de una euforia invertida, el país sobre todo padece la crónica patología de la adiaforia. Entre los “epigramas” y las “censuras”, quizá resulte más descalabrado por los primeros que por las segundas. Todo el pecado de Morand en su paso por México puede cifrarse en la palabra “prisa”. Atraviesa el país en una escasa semana, a principios de febrero de 1927, desde Veracruz hasta Ciudad Juárez, como la flecha de la voz *vitesse* que los escritores mexicanos tanto celebran en su estilo pero no le perdonan como velocímetro de su interés íntimo. Sin embargo, Paul Morand no falla a la regla que una vez así enunció:

Uno debería pasar dos horas en una ciudad, o quedarse diez años. El primer contacto, el primer choque con un lugar nuevo sobre nuestro inconsciente a menudo se debilita por la conciencia adquirida en las semanas subsecuentes, cuando aceptamos cosas muy nocivas como guías, documentos, visitas, anécdotas. El universo no debe ser una gruesa enciclopedia, sino un libro de bolsillo (Fogel 110).

Sus mejores libros sobre ciudades: *Nueva York* (1930) y *Londres* (1933) son el producto de la excepción a la regla o, mejor dicho, de un trato prolongado y reiterado con un lugar. Los demás son la bitácora irregular de su ojo entrenado a mirar de reojo, como lo atestigua el perfil que siempre ofrece en todas las fotografías. Su más famosa novela: *L'homme pressé* hubiera podido titularse “El hombre de perfil”. La postura traiciona la mirada y refrenda el apunte que Morand consigna mientras navega hacia Veracruz: “Lo divertido en el viaje es atravesar por lo ancho vidas que seguirán creciendo hasta la muerte, en el sentido de la longitud” (Fogel 109).

El itinerario traza una tangente que delata el paso de Paul Morand por México: una línea recta que va de Veracruz a Ciudad

Juárez, como una prolongación terrestre de la travesía marítima. Sólo unas cuantas concesiones en el camino, varias visitas en la ciudad de México, unos vericuetos por las pirámides de Teotihuacán y por Puebla, distrajeron la fuga hacia adelante. Quizá los altos y el ajetreo de la agenda sólo se debieron al compromiso adquirido por Morand con la revista *Les Annales* de publicar su viaje por entregas, y también a su consuetudinaria incapacidad de resistir los honores oficiales. En efecto, Morand viaja por el mundo, pero nunca abandona su mundo que, en México, encarnó en el subsecretario de Relaciones Exteriores, poeta y bibliófilo, Genaro Estrada. “Como todos los actuales gobernantes de México, —escribe Morand— Estrada no tiene aún cuarenta años. Es un hombre voluminoso, fuerte, bueno, un fino político, un gran bibliófilo y, a pesar de esto, un letrado” (1940 41). Aún con la ironía, el retrato es generoso. Sin embargo, por pudor o reprobación, Morand no hace mención del ditirámico saludo en versos publicado por Genaro Estrada en la revista *Sagitario* de Humberto Rivas. El extenso poema: “Un bonjour a Paul Morand” culmina con esta conminación:

Abre los ojos, Paul, al nuevo mundo
petróleo, tierras, ansiedad, destroyers,
y entre un juego de frases y entre bromas
trascendentales, y como quien no quiere
la cosa, refiere luego en tu futuro libro
lo que ha sentido aquí tu corazón unánime,
antena alerta a todos los rumores,
locomotora con vía libre al mundo,
yate para el recreo de los lunáticos
y cable submarino de servicio
en todos los océanos⁴.

⁴ *Sagitario*. Revista del siglo xx, director: Humberto Rivas, ejemplar conservado en el Archivo particular de Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores.

Quizá baste este botón de muestra para explicar la ironía y el mutismo de Morand. De otros encuentros con escritores, sólo tenemos noticia por la contraparte mexicana. En el primer número de *Ulises*, Salvador Novo refiere el tropiezo de una tarde: “Conocimos a Paul Morand, dueño de una sonrisa y de unas maneras tan suaves como las de una estatuilla asiática tallada en un marfil muy blanco que se animase de pronto sin animarse demasiado”⁵. El plural de la crónica incluye a Xavier Villaurrutia, introductor y traductor de Morand en México y, sin duda, autor del poema en francés que Novo reproduce luego de la siguiente advertencia: “Un poeta de México deslizó en la cartera de Morand, a modo de conocimiento y saludo, estos versos:”⁶ ¿Qué habrá pensado Morand de las tempestades líricas que desató su paso por México entre los poetas nacionales? Imposible saberlo, pero no lo es especular sobre esta extraña fiebre versificada: ¿traiciona el legendario malinchismo mexicano, un ansia de lucir los conocimientos y el talento, una genuina admiración ingenuamente expresada o simplemente una costumbre de época? Lo cierto es que la desmesura del recibimiento deparado a Morand está a la medida de la desencantada recepción de su *Viaje a México*.

En una reseña a *Magia negra*, Jaime Torres Bodet aprovecha la ocasión para saldar cuentas con las páginas de Morand sobre México. “Paciencia y pasión” son, a su gusto, las carencias más graves de *Viaje a México*:

Es la obra de un turista inteligente que no vio de México sino un trozo de superficie cosmopolita —el Paseo de la Reforma, las pirámides de Teotihuacán, los domingos del Bosque, en Cha-

⁵ Salvador Novo, “El curioso impertinente”.

⁶ *Idem*.

pultepec— y el interior mexicano del Museo de Arqueología, demasiado rico para ser asimilado en una apresurada sesión⁷.

escribe un Torres Bodet a punto de perder su acostumbrada templanza y cuyo nerviosismo se traiciona en la extraña asimilación de las pirámides de Teotihuacán con “un trozo de superficie cosmopolita”. Alfonso Reyes le entra más decididamente a detallar el desencanto malhumorado de Torres Bodet. Por ejemplo, puntualiza:

No se me oculta la intención con que Morand declara que unos cuantos metros de carretera asfaltada, en Veracruz, son ‘el último recuerdo de seis meses de ocupación norteamericana’. Pero esto, sobre ser falso ¡es tan pueril para quienes saben lo que hace actualmente México en materia de carreteras! Señalo la frasecita intencionada: ‘Gracias al ferrocarril inglés...’; pero en México no pretendemos haber descubierto la locomotora. Me doy cuenta de que las torres de la Catedral de México le parecieron de estilo jesuítico y torturado; pero eso no logra ponerme de mal humor⁸.

A continuación, subraya todas las palabras mal escritas en español; las imágenes de una “España de pandereta” que Morand atribuye a la vida mexicana; las imprecisas apreciaciones sobre las divinidades indígenas, el calendario azteca, las pinturas de Puebla, etcétera. Y Reyes concluye:

Pero todo esto puede disculparse en quien no hizo más que pasar, ni tuvo tiempo para que la realidad corrigiera del todo esa imagen preconcebida en la cual muchos otros fundan toda una filosofía de la historia. Éste, al menos, da sus rápidas impresio-

⁷ Jaime Torres Bodet, “Magia negra y magia blanca de Paul Morand”.

⁸ Alfonso Reyes, “Viajes morrocotudos”.

nes por lo que son: apuntes al vuelo, rasgos más o menos verificados, pero que captan algunos fragmentos de la verdad (*Idem*).

A su publicación en 1940, en traducción de Xavier Villaurrutia, Rafael Solana reiterará el mismo rosario de reclamos hacia *Viaje a México*. Lo paradójico de la reacción mexicana está en pedirle peras al olmo, al tiempo que reconoce que Morand no es olmo ni sus apuntes, peras; en pichicatear las imprecisiones sin nunca entrar en la discusión que podría descalificar más contundentemente el libro y que tiene que ver con las leyes de inmigración, las peligrosas teorías de Gobineau sobre las razas y los climas, un verdadero anteproyecto de la doctrina Le Pen. El cruce de la frontera con Estados Unidos, por ejemplo, le inspira a Morand el siguiente comentario:

El problema actual merecería un vasto estudio, pues Francia es, actualmente, uno de los principales países de inmigración. ¿Tenemos acaso una política, basada sobre la etnología y la psicología internacionales? Toda la vida francesa es una cuestión de equilibrio entre el Mediodía y el Norte. ¿Nos preocupamos de ello? Necesitamos sangre celta, sangre sajona y germánica, sangre alpina. Miremos las estadísticas: entran eslavos, semitas, poloneses, latinos del Sur, que no necesitamos, agricultores mediocres, razas de intermediarios y de políticos futuros. París no es Nueva York, y los franceses anémicos de 1927 no tienen la fuerza de asimilación de los Estados Unidos jóvenes que, sin embargo, se encuentran también desbordados. La dosificación de razas no es una utopía: todos los países de América Latina que son, a pesar de todo, países de inmigración, la practican siguiendo el ejemplo de América del Norte. Un ministro chileno me decía, hace poco:

—En 192..., no hemos dejado entrar en Chile sino escandinavos. En ese momento teníamos necesidad de sangre densa, labo-

riosa, tranquila, para la región del Sur, principalmente (Morand 1940 93-94).

Es cierto que la observación no concierne directamente a México, pero ¡qué falta de visión por parte de los comentaristas mexicanos que no supieron entrever el peligro de semejantes teorías para el futuro del mundo y de su propio país! Sus regateos de “cuentachiles” de la susceptibilidad nacional les restaron dioptrías para vislumbrar los primeros escozores de un racismo y un antisemitismo en ascenso sobre la escena internacional. La misma miopía les impidió aquilatar los cuantos “fragmentos de verdad” que, según reconoce Reyes, recoge la bitácora de Morand. También es cierto que no constituyen un retrato halagüeño de México.

Morand es uno de los últimos escritores en privilegiar la geografía como una fuente de conocimientos a veces más aleccionadora que la historia. A sus ojos, el mito fundador de México ha de descifrarse en su geografía: el cuerno de la abundancia que perfilan sus contornos. La riqueza de México está soterrada, invisible y, como un iceberg, encierra un potencial mayor de lo que se advierte en la superficie. Desde 1927, vaticinó el conocido destino de México: “País cavado, despanzurrado por las razas sucesivas que lo han ocupado, sin que hayan logrado empobrecerlo” (Morand 1940 37). Del subsuelo sobreexplotado sube la mirada para constatar las sucesivas destrucciones de las ciudades, registrar los síntomas arquitectónicos de la gran traición que para él representa la historia. La arquitectura de la ciudad de México no es sino la historia de los atentados perpetrados en contra de la grandeza pasada. El último en llegar y en destruir siempre lleva el peor papel, no porque su ideología o su credo fueran peores, sino porque el Tiempo es forzosamente cronológico. “El lugar del dios de la Guerra o el de la serpiente emplumada vino a ser el de la Asunción de la Virgen;

mañana, destronada la virgen, colocarán en su lugar la estatua de un mestizo universitario con levita de bronce” (36). La crítica calza la horma mexicana o, mejor dicho, le viene como anillo al dedazo de los gobiernos que remataron la obra destructora y reconstructora de los colonizadores. Pero, en el fondo del ojo morandiano, también se asienta el limo de su consuetudinario pesimismo frente a la historia. *L'homme, c'est foutu* era uno de sus lemas favoritos. El fatalismo histórico azuza sus sentidos y la lucidez de sus exigencias le permite ubicar la permanencia de la grandeza de México en el paisaje, pese a los saqueos y los atentados, “en la luz de vacío de la meseta mexicana, al lado de la cual la atmósfera griega no sería sino bruma” (36). En *Air indien* (1932), la repartición de los elementos entre los continentes refrenda la impresión mexicana: “África está dedicada al fuego; Asia y Europa, a la tierra; Oceanía, al agua; América tiene su principio en el aire, el aire libre, un aire joven, franco, sin sombra ni arruga, que excita la electricidad”.

Desde Veracruz, intuye la naturaleza del mal que roe a México y lo expresa en esta frase mordaz: “El Estado de Veracruz y su capital viven en un regimen muy avanzado, es decir, muy cercano a la descomposición”. Para que nadie malinterprete el sentido de la “descomposición” a la que alude, confundiénola por ejemplo con los estragos del calor tropical, añade que el Sindicato Revolucionario de Locatarios le recuerda a Moscú y escribe: “Dicen que el gobierno central, aunque muy de izquierda, en cierto modo reprueba y, hasta donde es posible, reprime tales tendencias” (22). Curiosamente, la traducción de Villaurrutia reprime, “hasta donde es posible”, las pequeñas audacias de juicio político de Morand. Por ejemplo, en la mencionada cita, suprime el calificativo “aunque muy de izquierda”, que castiga la postura ambigua del gobierno central. Un poco más adelante, omite la mención al presidente

Calles homologado por Morand con el emperador Maximiliano. Nimias y enigmáticas censuras por parte de Villaurrutia que, por lo demás, realiza un impecable trabajo traslaticio.

Habrá que esperar el viaje de Antonin Artaud para que los indios de México se vuelvan objetos o víctimas de la expiación europea. Morand no siente nostalgia o compasión por los indios que sufrieron la Conquista: “indios degenerados que ignoraron el fierro, la rueda y aún los animales domésticos” (Morand 1940 71). Sólo le interesan y le conmueven los indios artistas, los constructores, y el misterio de su desaparición. Los indios comunes, los mortales y sobrevivientes del pasado y del presente, sólo le asombran porque parecen haberse bajado de los murales de Diego Rivera para caminar por las calles de la capital. En sus paseos guiados por el diligente Estrada, descubre los originales de las máscaras antologadas por Roberto Montenegro y apunta con genuino candor: “Pasamos a unos cuantos centímetros de indios mongoloides o de aquellos de nariz encorvada, hermanos de las máscaras funerarias de piedra volcánica” (43). Para Morand, el milagro no está en la milagrosa sobrevivencia de los indios en paupérrimas condiciones de vida, sino en la sorpresiva coincidencia entre el arte y el molde humano. El paisaje humano es tasado con el mismo ojo que busca en el arquitectónico los rastros de una grandeza a un tiempo invisible y palpable. Antes que la sobrevivencia, le obsesiona la permanencia. Por eso quizá, la emoción que le despierta el espectáculo de las pirámides de Teotihuacán sea más viva que el registro del espurio mestizaje humano. En Teotihuacán, le sobrecoge la pureza de la permanencia del Tiempo, que ningún rasgo humano llega a edulcorar, a enturbiar u opacar con su velo el libre vuelo de la imaginación. “¡Qué incendio geométrico!”, exclama ante la muda y pétrea encarnación del pasado. “Nada viene a separar aquí la plegaria del cielo” que se le antoja un “cielo de una infinita pure-

za, paisaje de silencio, despojado de pesadez, de pecados, de necesidades, sin otra mancha que el cono nieve-rosa de dos volcanes” (Morand 1940 68). Morand percibe hondamente lo sagrado que sugiere la arquitectura, el ascenso al que obligan las pirámides-mesas para conseguir un contacto directo con el cielo. A este sentimiento de lo sagrado, Morand opone la “neurosis mística” de los españoles en Cholula: “la ciudad de las mil cúpulas crinolinas”. Allí, Morand lee la arquitectura como quien lee la historia de un sincretismo cargado de dramas ideológicos. Así, en la catedral de Puebla, advierte que “los confesionarios parecen torcerse bajo la declaración de pecados barrocos” (82).

La frontera entre el exotismo y el cosmopolitismo se verifica en el campo de las analogías. Mientras el exotismo privilegia la anécdota como relieve único y colorido de un mundo compartimentado en segmentos, el cosmopolitismo tiende una red que, al tiempo que estrecha al mundo, abre entre sus mallas las tentaculares conexiones analógicas. Así Morand continuamente busca contigüidades entre México y Oriente, recoge ecos de vibraciones que parecen atravesar la tierra por su centro, puesto que la India es exactamente el antípoda de México en el globo terrestre. Algunas de sus intuiciones serán desarrolladas por Octavio Paz en *Vislumbres de la India*. Pero la imagen es, sin duda, el principal blanco de la prosa de Morand. Para conseguir esta imagen *inevitable* como lo recuerda Proust en el prólogo a *Tendres Stocks*: “Las aproximaciones de imágenes no cuentan. El agua hierve a 100 grados. A 98, 99, el fenómeno no se produce. Entonces más vale prescindir de imágenes” (Morand 1992 11). Morand estaría dispuesto a todo, incluso a faltar a la verdad. Pero, cuando da en el blanco, da en creer que sólo existía *esta* manera de decirlo. Jacques Chardonne sostiene: “Morand es el inventor del estilo moderno: la frase en relámpago, el tono tajante, la imagen que sobrecoge, se los debemos a él”

(Fogel 56). Así, bajo su pluma de estocada, “los charros se rodean de escupitajos lanzados como limosnas”; “los negros zopilotes vuelan como papeles quemados encima de un fuego de chimenea” o bien, al cruzar el desierto de Sonora, esta confesión: “Amo el desierto. Es la oficina de los anacoretas...” (Morand 1940 87).

Proyectado más allá de sí mismo por la velocidad, Morand hila los países con el péndulo de la nostalgia. Ansía llegar para añorar lo que acaba de abandonar, a no ser que el deseo se cumpla a la inversa. Pasando El Paso, estalla el júbilo: “Inmediatamente, el agua, la electricidad, los rascacielos, el duco, los *ice-cream-soda*, los anteojos de carey y las ediciones especiales” (95). Pero la alegría por recobrar el *american way of life* no significa una condena de la penuria mexicana. Al contrario, da pie a una singular oposición, teñida de nostalgia que se cifra en el Océano Pacífico: “Al Norte, tan espectral, espumeante de una saliva de epiléptico, pero al Sur, tan muellemente acostado, mitológico y florido” (105). Así, entonces, el credo de Morand: “Feliz el viajero que no tiene que escoger, sino dejarse mecer por este péndulo” (96). Hacia el final de su vida, Morand sacrificó el péndulo por la pura prisa. Cuentan que era capaz de viajar kilómetros en coche para conocer un lugar y, al llegar al destino, bajar la ventanilla y decir: “Ya vi”. *Veni, vidi et exivi* hubiera podido gravarse sobre la tumba de Paul Morand en Trieste.

En 1923, Paul Morand tomó el relevo de Ezra Pound en la revista *The Dial* para redactar las famosas “Cartas de París”. En el envío de febrero de 1927 que coincide con su salida de México, Morand comenta la reciente visita de Theodore Dreiser a París así como el relato de sus impresiones, publicado en *Vanity Fair*. Dreiser expresa su añoranza de un París que ya no existe y su repudio por la estruendosa ruina que poco a poco invade la capital. Sin reparar en la ironía del destino, Morand escribe: “Si Dreiser no hubiese tenido tanta prisa —era cuestión de una hora— le hubiese

podido enseñar unos barrios provincianos que todavía están tan atrasados, tan desiertos y tan tranquilos como lo eran en el siglo XIII” (Morand 1996 178). Es verdad que nadie es profeta en su propia tierra, mucho menos Morand en la tierra entera.

Fabienne Bradu



BIBLIOHEMEROGRAFÍA CITADA

- FOGEL, Jean-François. *Morand-Express*. Paris: Grasset, 1980.
- MORAND, Paul. *Viaje a México*. Trad. y prólogo de Xavier Villaurrutia. México: Nueva Cultura, 1940.
- *Le voyage*. Paris: Hachette, 1964.
 - *Nouvelles complètes*. Paris: Pléyade, 1992.
 - *Lettres de Paris*. Paris: Salvy, 1996.
 - *Mes Débuts*. Paris: Arléa, 2000.
- NOVO, Salvador. “El curioso impertinente”. *Ulises* (1 de mayo de 1927).
- PROUST, Marcel. Prefacio a *Tendres Stocks*. En Morand 1992: 11.
- REYES, Alfonso. “Viajes morrocotudos”. *Monterrey*, 4 (1913).
- “Diario” [inédito].
- TORRES BODET, Jaime. “Magia negra y magia blanca de Paul Morand”. *Contemporáneos*, 3 (agosto de 1928).